



AÑO II - No. 3 / JULIO - SEPTIEMBRE 2009

---

## APOLOGÍA DEL CHIVO

Por Manuel Matarrita Venegas

[manuel.matarrita@ucr.ac.cr](mailto:manuel.matarrita@ucr.ac.cr)

---

Desde hace algún tiempo ha llamado poderosamente mi atención el uso y práctica de una frase que ha andado en boca de los músicos de nuestro país por varias décadas y que, indiscutiblemente, ha llegado a ser parte importante de nuestra cotidianidad y nuestro argot: “matar un chivo”. No deja de resultar atrayente como objeto de discusión y de análisis el hecho de que, según he podido apreciar, la expresión es usada dentro de la jerga profesional con muchas intenciones y conceptualizaciones diferentes, al menos dentro del gremio de los músicos académicos o “clásicos”: lo que es y lo que representa para mí “matar un chivo” puede que no lo sea para otro de mis colegas. Este breve ensayo responde pues a esa inquietud en encontrar cuánto de delictivo y pecaminoso hay en el hecho de justamente *matar* un chivo para un artista académico. Es, ante todo, una clarificación personal y no es un estudio profundo ni rigurosamente científico. No pretende ser más que una recopilación ordenada de ideas propias y de otros que, quizás, dé pie en un futuro a una investigación musicológica de fondo.

En aras de evitar cualquier confusión, aclaro una vez más que estas páginas refieren a la visión del fenómeno del “matachivismo” desde el punto de vista de los músicos académicos y no desde una perspectiva más amplia como la es, por ejemplo, los artistas que se desenvuelven mayormente en el ámbito de la música popular. Tampoco es un estudio detallado sobre el fenómeno en sí, sino sobre cómo éste es percibido por un grupo particular de músicos que lo practican.

## Hallando una definición

El primer paso en esta búsqueda es intentar establecer una definición, al menos preliminar, de lo que es un *chivo* y en qué consiste el acto de darle muerte. Algunos costarricenses tales como el oboísta José Manuel Rojas y los compositores Carlos Guzmán y Alejandro Cardona ya han escrito artículos y notas de opinión al respecto, estableciendo de esta manera su definición personal. Por ejemplo, Cardona expone su visión en las siguientes palabras:

*¿Qué es el matachivismo? Es tocar música por aquí y por allá, con la banda de fulan@ y el proyecto de mengan@... Es, en otras palabras, tocar música ahí donde aparezca la chamba... Lo opuesto al matachivos sería aquel que se dedica a un solo proyecto musical. Esto ya casi no existe en Costa Rica. <sup>1</sup>*

El artículo de Cardona es una reflexión sobre la problemática de aquellos que se dedican fundamentalmente a esta actividad como medio de supervivencia, cosa que ocurre especialmente en el caso de la música popular, y cómo han creado una identidad en el medio costarricense.

No obstante, y como indicaba al principio, el presente artículo tiene a su vez un propósito exploratorio, razón por la cual me tomé la libertad de hacer una consulta informal sobre el tema a algunos de mis colegas más cercanos, con el fin de escudriñar su punto de vista. Resultó sumamente interesante cotejar la diversidad de opiniones que arrojó esta consulta que, en efecto, demostró mi hipótesis de que no existe una percepción uniforme y absoluta del fenómeno de parte de los músicos académicos. Sin embargo, sí existe un común denominador que podría contribuir a establecer una conceptualización básica. En términos generales, los siguientes son los elementos primordiales que los entrevistados expresaron como constitutivos de un *chivo*:

- Es una presentación musical que se hace por dinero, u ocasionalmente por algún tipo de retribución que no es económica, y por la que se es contratado.
- El fenómeno ocurre prioritariamente en circunstancias en la que la música *per se* no es el elemento principal, sino que se convierte en un ingrediente complementario, accesorio, y en ocasiones hasta decorativo.
- Por su naturaleza y su bajo nivel de “complejidad artística”, un chivo requiere un corto o ningún tiempo de preparación, en términos de ensayos previos.
- Generalmente conlleva un tono deliberado de informalidad por parte de los ejecutantes.

## ¿Por qué un chivo como símbolo?

No se sabe con certeza de dónde ni cuándo se empezó a utilizar este apelativo en nuestro suelo. No obstante, su connotación es claramente simbólica. El hecho de “matar un chivo”, tal y como apunta Carlos Guzmán <sup>2</sup>, se refiere a la retribución que se espera recibir por cumplir con la parte del compromiso pactado. En otras palabras, se esperaba que se matara un chivo para darle de comer a los músicos como paga por su participación. Ciertamente, para nosotros los costarricenses, el comer la carne de este pobre animal no es parte de nuestra idiosincrasia, por lo que es también evidente que el término se acuñó en otras latitudes y fue adoptado por nuestros coterriños. Al parecer, esta expresión se usa en algunos países latinoamericanos, por ejemplo en Perú, donde la carne de cabrito sí es parte de su gastronomía y en donde la locución “matar el chivo” cobra un sentido patente.



Como es de esperarse, la frase tiene sus equivalentes y paralelos en otras regiones: “matar un tigre” en Venezuela, “hueso” en México, “guiso” en Puerto Rico, “chisga” en Colombia, “cancheo” en Chile, “bolo” en España, “gig” en Estados Unidos. Cualquiera que sea la terminología, es un hecho que el fenómeno en sí no es en exclusiva nuestro, sino todo lo contrario: es una actividad generalizada dentro del medio y que apunta al empleo de la música y la ejecución musical como medio de entretenimiento.

## Los chivos a través de la historia

Por eso, es importante no perder de vista que la música, así como las otras artes, ha cumplido una función social de relevancia a través de la historia como artículo de consumo y como canal de esparcimiento. Aún los grandes compositores eran conscientes de esta faceta del oficio musical, que no tiene necesariamente que reñir con el fenómeno de la música de concierto. Para muestra un botón: una obra musical que es hoy quizás de las más populares dentro del repertorio clásico, que ha sido grabada en incontables ocasiones, que es ejecutada constantemente en salas de concierto y que incluso es objeto constante de análisis formal fue originalmente concebida como música para un chivo, ni más ni menos. Me refiero a *Eine kleine Nachtmusik* (Pequeña Música Nocturna) K. 525 de Wolfgang Amadeus Mozart, compuesta en 1787 como música de fondo para las cenas del Arzobispo de Salzburgo.<sup>3</sup> Así muchas otras obras célebres han respondido a esa categoría de música para entretenimiento. Desde luego que no se trata de comparar la calidad de estas grandes obras con la música para entretenimiento de nuestros días. Hablamos aquí del paralelo que se puede establecer en la función social que cumplieron (y siguen cumpliendo) estas obras en el transcurso de los siglos.



*¿En ensayo para chivo?*

Es una realidad que una importante cantidad de los músicos que se dedican al estudio y ejecución del repertorio clásico, incluyen el matar chivos dentro de sus actividades profesionales. Todos los músicos entrevistados admiten matar chivos como parte de sus ocupaciones, ya sea esporádicamente o con bastante frecuencia. A pesar de ser una realidad actual del medio costarricense, sería erróneo pensar que este fenómeno inició recientemente. Así como la música para entretenimiento ha tenido una importante manifestación a lo largo de historia, en el desarrollo de la música en Costa Rica la figura del matachivos también ha tenido su huella desde tiempo atrás. Como apunta María Clara Vargas:

*A finales de la década de 1880, debido al aumento de músicos, de las actividades sociales o a nuevas disposiciones gubernamentales que desanimaban a los músicos militares a participar en toques particulares, se empezaron a organizar nuevas agrupaciones musicales. Estos nuevos grupos, llamados "orquestas de salón", tenían entre cinco y diez integrantes, aunque, en ocasiones especiales, llegaron a tener hasta treinta músicos. Eran grupos con un director, y ofrecían sus servicios para amenizar bailes, matrimonios, paseos, picnics, serenatas, almuerzos, cenas, fiestas campestres, fiestas deportivas y celebraciones religiosas. A diferencia de los grupos aficionados, los cuales tocaban para entretenerse, estos nuevos grupos lo hacían para complementar su salario de profesor de música o músico de banda.<sup>4</sup>*

Julio Fonseca Gutiérrez (1885-1950), considerado uno de los más emblemáticos compositores costarricenses, relata en sus notas autobiográficas que:

*Las actividades sociales de aquel entonces, quizás más refinadas en su generalidad, más delicadas en su sentido y hasta más elegantes que las actuales, demandaban música en los teatros, música en los salones, música en cantinas [sic] y ferias. Hube entonces de formar varias orquestas que hicieron por mucho tiempo las delicias del público capitalino, y "abastecerlas" con una producción original oportuna de pasillos, valeses, tangos: así pasaron su gama musical "Rayo de Sol", "Gaviotas", "El Gaucho", "El Limpiabotas", como un prelude armonioso del vals de mis valeses, "Leda", que hoy recorre en el mundo impreso en un disco Víctor..."<sup>5</sup>*

Como vemos, el crear y ejecutar música, buena o no tan buena, con fines no más pretenciosos que los del mero entretenimiento ha sido un elemento concurrente en nuestra historia musical. El matachivismo como tal responde a esa necesidad social.

## **Los chivos: prejuicios y perjuicios**

Es evidente que matar un chivo se refiere al hecho de tocar en público, pero ¿bajo qué condiciones sucede, qué tipo de música involucra, qué lógica lo diferencia de un recital o de un concierto? ¿Existe alguna diferencia entre ambas nociones como posibilidades de ejecución? Algunos de los entrevistados –en su mayoría especialistas en instrumentos de bronce y percusión, interesantemente– comentaron sobre la idea de que la expresión ha evolucionado en los últimos años a tal grado que, para estos músicos, se le llama chivo a *cualquier* actividad en la que tengan que participar como ejecutantes. Es decir, el término se puede utilizar indistintamente para música formal o académica, que normalmente se consideraría dentro del concepto de *concierto* ("Hoy tengo chivo con la Sinfónica", por ejemplo) como para música popular o aquella cuya interpretación sea menos compleja o de carácter menos formal ("Tengo que matar un chivo con Ritmo Caribeño en El Tobogán"). Guzmán concuerda con esta percepción: "Hoy se dice chivo a todo tipo de actuación musical, desde echarse una piecilla como telonero de un artista famoso hasta el concertazo de Gaviota en el Musikhalle de Hamburgo."<sup>6</sup>

Esta no es, empero, la percepción de la mayoría de los músicos académicos consultados. Existe en el ambiente una idea generalizada de que un chivo es algo de menor valía a nivel artístico. Lo anterior no quiere decir que estos artistas vean el hecho de matar chivos como algo negativo; por el contrario, encuentran en estas actividades una importante fuente de ingreso económico (como extra o como parte regular de su sustento) que, además, puede funcionar como una plataforma para el desarrollo de destrezas en el desenvolvimiento escénico. A pesar de esto, es innegable la existencia de este cierto estigma asociado con la práctica de la matanza de chivos, y que puede llegar a tener un efecto significativo en la psicología de los ejecutantes.

Conviene quizás detenernos un poco y considerar, a la luz de los elementos definitorios referidos anteriormente, las posibles razones que, supuestamente, perjudican la imagen de los músicos académicos que matan chivos. Mencionábamos antes que el punto de partida en el proceso de la realización de un chivo se origina cuando los músicos son contratados por una entidad (una persona, una empresa, una institución) para que brinden sus servicios profesionales a cambio de una remuneración económica. El recibir honorarios por la ejecución musical no es ajeno a ninguna rama de nuestro quehacer y desde luego que es el justo reconocimiento al trabajo, a cualquier nivel profesional que éste se realice.



En un chivo, la diferencia radica quizás en la fuerte injerencia que el contratante tiene sobre el contratado. La entidad que paga decide, por lo general, el tipo de música que se ha de ejecutar, cuánto tiempo se debe tocar, el lugar y las condiciones, de acuerdo al tipo de evento para el que se esté tocando. Esto muchas veces afecta el orgullo artístico de los músicos académicos, quienes deben sacrificar sus motivaciones y aspiraciones

profesionales para satisfacer las de quien los contratan, creando en ocasiones un conflicto de intereses. De aquí que algunas veces se escuchen expresiones como “matar el chivo sólo por la plata”. Dependiendo del temperamento del músico, el efecto anímico puede resultar contraproducente, y es por esto que quizás algunos encuentren una arista negativa en la actividad del *matachivos*. Desde luego, es crucial también para el buen desempeño del músico el contar con las condiciones mínimas requeridas para su desempeño artístico y es su deber hacerlas saber de antemano al contratante, para evitar posibles conflictos.

Cabe anotar aquí una excepción a la regla en cuanto a la remuneración económica, y que curiosamente se ha codificado con nombre y apellido: el *chivo brujo*. Es éste un chivo en el que no hay paga monetaria, y que la mayor parte de las veces se hace por cumplir con algún compromiso institucional, por amistad con el contratante, por una causa benéfica o en ocasiones por intereses propios del *matachivos* (por ejemplo, darse a conocer dentro de un medio). Pienso por ejemplo en un caso típico, y es cuando se requiere de la interpretación del Himno Nacional en un acto oficial. Esos son, por lo general, *chivos brujos*.

Otro factor por considerar, de acuerdo a lo expresado en los cuestionarios, es el rol que la música y el acto musical en sí juegan dentro del evento para el que se contrata. La naturaleza de un *chivo* estaría estrechamente ligada al concepto de la música como medio de entretenimiento, una noción que no concuerda fácilmente con los ideales y ambiciones de algunos artistas que se dedican a la música académica, por varias razones. Normalmente en un *chivo*, el tipo de repertorio debe ajustarse a las probablemente limitadas expectativas de los oyentes, perjudicando en apariencia el nivel artístico de la presentación. No obstante, lo que pudiera comprometer aquí el nivel de satisfacción artística del *matachivos* es más bien la expectativa que éste tiene sobre la recepción que su participación pueda o no tener en el público, una audiencia que quizás lo escuche con respeto o quizás no le preste la más mínima atención.

En su libro *Musical Form and Musical Performance* <sup>7</sup> el teórico musical Edward T. Cone manifiesta que debe establecerse una diferencia categórica entre diferentes tipos de música, determinada en razón de la función que cumplen. Dentro de una de esas especies se incluiría la música que comúnmente se ejecuta en los *chivos*:

*Para una gran parte de la música, inicios y finales (llamémosle extremos) no son esenciales, sino que son simplemente interrupciones necesarias... Por ejemplo, la música ideal de un salón de baile sería una música continua, para que quienes bailan puedan empezar y terminar cuando ellos lo quieran. De hecho, las pausas se dan para que descansen la banda o para cambiar la grabación... La música de fondo, ya sea durante un coctel o como intermedio en una obra, debería ser continua e indefinida... Toda esta música es, desde luego, funcional: en realidad su propósito es ser oída y no escuchada.* <sup>8</sup>

El punto aquí es que, independientemente del repertorio que se ejecute -sean grandes obras del repertorio clásico universal, sea música jazz, folclórica o popular- el acto musical dentro del formato de “chivo”, por ser un valor agregado a una actividad extramusical que tiene mayor importancia dentro de su propio contexto, contará con una audiencia que quizás esté interesada en escuchar, o que tal vez no tenga el menor interés en atender a la ejecución. Ya que, como afirma Cone, esta música es para “ser oída y no escuchada”, en ocasiones el músico de formación clásica tiende a contrariarse ante la falta de receptividad por parte del público, probablemente sin caer en cuenta sobre la verdadera función que la música está cumpliendo en estos casos particulares.

Esta circunstancia incide directamente al siguiente aspecto por valorar: la informalidad, tanto en la gestación como en la ejecución del chivo. Se tiene como premisa que un chivo involucra música cuya preparación no es demandante, ya sea porque las obras son de un nivel técnico y artístico en que los músicos son totalmente solventes, o porque son obras que se han interpretado en numerosas ocasiones y que no requieren ensayo previo. Estas consideraciones son enteramente válidas, porque en la mayoría de los casos es la realidad. Tocar el *Ave Maria* y las marchas nupciales son parte común de quienes en algunas ocasiones aportamos el acto musical en matrimonios, que sería impensable -¡hasta ofensivo!- el tener que ensayarlos previamente. Sin embargo, es incuestionable que en algunas oportunidades se pierde la perspectiva y que, “por tratarse de un chivo” en donde quizás no nos escuchen debidamente, no vale la pena dedicar tiempo a la preparación previa (tanto individual como en ensamble), cuando en realidad sí es imprescindible para evitar un desempeño mediocre. El chivo tiene ineludiblemente esa marca de informalidad, que si bien es un elemento que, como vimos, le da su propia identidad, puede tener a su vez implicaciones negativas.

La mayoría de los músicos en el campo de la música clásica, a nivel profesional, cuentan con una muy limitada agenda de ensayos debido a sus múltiples ocupaciones. Parte del aprendizaje de la música, en tanto es concebida como un oficio, es el aprovechar esta limitación de tiempo de la mejor forma posible. Para alcanzar este cometido es indispensable poder contar con la debida preparación anticipada para el eficiente ensamblaje en conjunto del acto musical. Muchos problemas de nuestro medio radican justamente en la actitud frente a esta problemática, y es por esto que en algunas actividades que presuponen una naturaleza formal (recitales y conciertos) escuchamos expresiones como “sonó a chivo”, o “esto fue un legítimo chivo”, dada la actitud con que los propios ejecutantes asumieron su realización. Por ejemplo, no tener la música totalmente aprendida para un concierto, cuando se cuenta con pocas sesiones de ensayo, convierte irremediabilmente la actividad en un chivo y le resta formalidad. Lamentablemente, esta conducta se extiende muchas veces a gran escala, como por ejemplo en orquestas sinfónicas y otros ensambles. Las excusas que muchos músicos suelen ofrecer como justificación a su informalidad yacen en sus supuestas destrezas en el



escenario, y en ocasiones, en las expectativas de receptividad que tienen en relación al público para quienes van a ejecutar.

## Consideraciones finales

Como hemos podido constatar, la expresión “matar un chivo” es usada con mucha frecuencia en Costa Rica por los músicos, tanto académicos como no académicos. Alude a una actividad musical que, en opinión de algunos, está asociada a nociones tales como informalidad, entretenimiento y remuneración económica. Sin embargo, no existe un criterio unificado ni una definición incondicional de este fenómeno. Por eso, todas las ideas expresadas en las páginas anteriores y que solamente reflejan mis observaciones y las de algunos de mis colegas pueden estar en total desacuerdo con otros puntos de vista sobre el tema.

A título personal, y en vista de todo lo expuesto anteriormente, considero que nuestro gremio debe quizás reflexionar más seriamente sobre la naturaleza de los chivos, su importancia dentro del campo laboral de nuestros compañeros y las ventajas que éstos pueden ofrecer a quienes los practican, a nivel profesional, económico y artístico, antes de emitir juicios de valor *a priori*. Asimismo, se debe considerar que el uso de la expresión varía de acuerdo con, entre otros factores, generaciones de individuos, grupos instrumentales y actitudes ante el desempeño del oficio y de la práctica artística.

Tratar de mirar el fenómeno desde los ojos de otros puede quizás evitar una serie de malentendidos entre colegas, causadas por concepciones erróneas sobre la terminología. De todas maneras, no creo en que se le deba denominar chivo a toda actividad musical. Los conciertos y recitales involucran, a mi juicio, una actitud diferente y otro tipo de expectativa tanto por parte del artista como de su audiencia, y su realización se vuelve casi un acto ritual. No en vano la palabra *concierto*, por definición, presupone “buen orden y disposición de las cosas.”<sup>9</sup>

El que un músico académico dedique parte de su tiempo a matar chivos es una decisión enteramente personal, tomada por motivos económicos o simplemente por alcanzar una mayor satisfacción propia y/o profesional. Pero involucra también una gran responsabilidad, y es la de comprometerse a dar lo mejor de su oficio y de su arte con el mayor profesionalismo posible, y con plena consciencia de la función social que su música está brindando.

Para terminar, les confieso que yo he sido un cómplice más de esta matanza. He matado chivos desde mis inicios como músico, y lo seguiré haciendo mientras pueda. Aunque no es parte primordial de mi *modus vivendi*, lo entiendo como una manera de cultivar y explorar mi versatilidad como artista. Entre en serio y en broma, cuando mis

alumnos y colegas me hacen la consabida e interminable pregunta “¿Y dónde es el chivo?” porque mi atuendo me delata, les respondo que no voy a matar un chivo sino a cumplir con un *compromiso cultural*. A pesar del barniz de humor que esto pueda tener, admito que me complace pensar en los chivos como elementos de cultura por ser expresiones dignas de mi oficio como pianista, y también como una parte más del engranaje social en que nos desenvolvemos. Dedico pues estas páginas a quienes con buena o mala intención me han llamado “chivero”.

---

## NOTAS

<sup>1</sup> Alejandro Cardona. “Matachivismo: la sobrevivencia como evasión o la dispersión homogenizada”. (*Suplemento Cultural No. 77*, ICAT/IDELA, Heredia: Universidad Nacional, 2008).

<sup>2</sup> Carlos Guzmán. “¿Matar un chivo? Una manera de ganar el sustento” (*Periódico La Nación*. Opinión, 16 de octubre 2000. San José, Costa Rica). Accesible: [http://www.nacion.com/ln\\_ee/2000/octubre/16/opinion5.html](http://www.nacion.com/ln_ee/2000/octubre/16/opinion5.html)

<sup>3</sup> Edward Downes. *The New York Philharmonic Guide to the Symphony* (New York: The Philharmonic-Symphony Society of New York Inc., 1976), 659.

<sup>4</sup> María Clara Vargas. *De las fanfarrias a las salas de concierto: Música en Costa Rica 1840-1940* (San José: Editorial Universidad de Costa Rica, 2004), 97.

<sup>5</sup> Julio Fonseca. *Autobiografía*. En: Bernal Flores. *Julio Fonseca: Datos sobre su vida y obra* (San José: Departamento de Publicaciones del Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes, 1973), 20.

<sup>6</sup> Guzmán, *ibid.*

<sup>7</sup> Edward T. Cone. *Musical Form and Musical Performance* (New York: W.W. Norton & Company, 1968).

<sup>8</sup> *Ibid.*, 12. Traducción del autor.

<sup>9</sup> “Concierto” En: Diccionario de la Lengua Española (Real Academia Española de la Lengua, vigésima segunda edición). Accesible: [http://buscon.rae.es/draeI/SrvltConsulta?TIPO\\_BUS=3&LEMA=concierto](http://buscon.rae.es/draeI/SrvltConsulta?TIPO_BUS=3&LEMA=concierto)

---

**MANUEL MATARRITA** es pianista y cuenta con un Doctorado en Artes Musicales obtenido en la Universidad Estatal de Louisiana. Es Catedrático de la Escuela de Artes Musicales de la Universidad de Costa Rica.

Como citar este artículo:

**Matarrita, Manuel. “Apología del chivo”. En LA RETRETA, AÑO II No. 3, Julio-Septiembre, San José de Costa Rica, 2009, ISSN: 1659-3510. Accesible: <http://www.laretreta.net/0203/chivo.pdf>**